

CASHIN, Sheryll. *Place not race. a new vision of opportunity in America*, Boston, Beacon Press, 2014, 176 pp.

Sheryll Cashin, Catedrática de Derecho en Georgetown University Law Center, activista de derechos civiles, acaba de publicar un nuevo libro con el que contribuye positivamente al discurso de la justicia racial, ofreciendo una perspectiva tan novedosa como atrevida, cargada de sólidos argumentos, que fueron germinando a partir de varios artículos publicados en prestigiosas revistas académicas así como ponencias presentadas en diversos seminarios y congresos.

El contenido de la obra se desarrolla a través de una introducción, cinco capítulos, conclusión y un epílogo muy emotivo y pedagógico, a modo de carta a sus dos hijos, que recomiendo no sea lea sin haber leído antes el capítulo segundo, titulado «Place Matters», puesto que ayuda a entender mejor su contexto familiar y la razón de ser de esta obra. Sheryll Cashin, ya en las primeras líneas del libro aclara que estamos ante una obra centrada en el tema de la justicia. Su hilo conductor es intentar convencer al lector de que es preferible el criterio del lugar frente al de la raza en el caso de programas de acción afirmativa por razones, fundamentalmente, pragmáticas puesto que con ello se consigue una mayor cohesión y unas mejores políticas sociales. Lo más importante es que además, según la autora, así se ayudará a los verdaderamente desfavorecidos por la segregación. Y es que los que sufren por vivir en ambientes oprimidos y pobres son merecedores de una especial consideración.

La raza resulta ser todavía importante en la sociedad americana, particularmente, en el sistema de justicia penal. Lo que Sheryll Cashin argumenta es que la raza como criterio es, al final, poco inclusivo. La autora recuerda en la introducción las palabras de Walter Benn Michaels, profesor de la Universidad de Illinois, quien escribió en el *Journal of Blacks in Higher Education*: «Cuando los estudiantes y profesores activistas luchan por la diversidad cultural, ellos en buena parte están tratando de combatir algo más que el color de la piel que los niños ricos tienen».

Para la autora de libros como *The Agitator's Daughter and The Failures of Integration*, entre otros, el uso de la raza en las acciones afirmativas ha ido disminuyendo como factor en la admisión en las Universidades. Desde que Ward Connerly puso en marcha una movilización política por todo Estados Unidos en contra de la acción afirmativa a mediados de los noventa, el porcentaje de Universidades públicas que consideran el factor étnico o racial para admisiones ha caído del 60 % al 35 %. En la actualidad, únicamente, el 45 % de Universidades privadas siguen considerando explícitamente la raza como factor relevante, siendo éstas en su mayoría escuelas para la élite socio-económica del país.

Para Sheryll Cashin este descenso evidente del uso de la raza como factor importante en las acciones afirmativas no hay que interpretarlo de un modo negativo ya que la acción afirmativa está pensada para ayudar a gente en situación de desventaja y ésta viene condicionada más que por la raza por el lugar, el ambiente en el que uno crece y se desarrolla como ser humano. De ahí que, por ello, cree conveniente proponer como alternativa al uso de la raza el del lugar, ya que este criterio, a su modo de ver, no va a impedir en ningún caso que niños negros o de color dejen de sentirse ayudados por la políticas públicas, si tenemos en cuenta que muchas veces éstos crecen en

ambientes económicamente muy desfavorecidos. Como la autora misma reconoce, pudiera parecer, a primera vista, que está cometiendo un sacrilegio dentro de la comunidad de defensores de los derechos civiles dando la luz verde a esta obra, todavía más, si pensamos que ella misma es madre de dos niños africano-americanos. Pues bien, a propósito de ello, con valentía, sinceridad y mucha generosidad dictamina en el libro que hay que tratar de cambiar el sistema actualmente vigente para que los niños que viven inmersos en un ambiente que les oprime y les hace vivir dentro de desventajas estructurales injustas, como la segregación, logren un futuro cierto en el que poder desarrollarse en pie de igualdad con otros.

En esta obra, Sheryll Cashin reimagina la acción afirmativa y apuesta decididamente por políticas basadas en el lugar, argumentando que los solicitantes a universidades que han crecido en ambientes o escuelas pobres y desfavorecidos son merecedores de especial consideración frente, por el contrario, a los que han crecido en la opulencia y riqueza. Su propuesta incluye la realización de test opcionales estandarizados, sustituyendo el criterio del mérito basado en objetivos económicos por el criterio de la necesidad, y conseguir reclutar así buenos estudiantes de lugares marginados, en aras de reforzar la deseada alianza entre razas así como la movilidad social. La autora trata de dar argumentos para demostrar cómo los costes sociales de optar por el criterio de las preferencias raciales son muy superiores a los beneficios marginales que se derivan de esta práctica, si lo comparamos con otras alternativas, como la que sugiere la autora, que consideran el criterio de la raza de una forma neutral.

Esta tesis nos obliga al recordar el fallo histórico de la Corte Suprema de los Estados Unidos en el Caso Brown contra Consejo de Educación de Topeka (1954), que declaró que las leyes estatales que establecían escuelas separadas para estudiantes de raza negra y blanca negaban la igualdad de oportunidades educativas. El fallo fue dictado en forma unánime (9-0) por la Corte Warren y estableció que las «instalaciones educacionales separadas son inherentemente desiguales». Con ello, la Corte Suprema revocó los precedentes existentes desde Plessy contra Ferguson en 1896. Como resultado de esto, la segregación racial fue considerada como una violación a la Cláusula sobre Protección Igualitaria de la Decimocuarta Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, lo que abrió el camino para la integración racial y el movimiento por los derechos civiles.

A lo largo de libro, la autora defiende creo que con argumentos convincentes la tesis de que la raza no, por definición, abarca a todos aquellos que sufren de desventajas estructurales de pertenecer a escuelas o barrios marginados u oprimidos. La raza puede llegar a ser demasiado inclusiva, pecando por exceso, al poder incluir también a gente de piel oscura pero que tienen una situación socio-económica aventajada frente a otros. Como resalta Sheryll Cashin repetidas veces en la obra, uno de los aspectos perversos de la diversidad actual que se persigue en las mejores escuelas y universidades es que redundan en beneficio de los niños de inmigrantes africanos que, en su mayoría, son los mejor formados y educados de todos los grupos de inmigrantes, muy por encima de cualquier otro grupo étnico, incluidos blancos y asiáticos. De hecho, en Harvard destacó en 2012 el alto porcentaje de estudiantes admitidos que procedían de Nigeria y Ghana.

En el pasado la raza y el sexo fueron los criterios adecuados para el tipo de exclusión practicada por la mayoría de universidades de blancos. En la actualidad, en cambio el lugar debería ser el criterio e indicador principal que

debería conducir el ingreso en universidades para los que viven en condiciones claramente desfavorecidas. El objetivo para Sheryll Cashin es crear una sociedad donde el desarrollo de la personalidad sea libre y no esté condicionado por las circunstancias o lotería del lugar de nacimiento, algo sobre lo que ya habían insistido, con no pocos sólidos argumentos, pensadores de la talla de John Rawls.

No queda así otra salida si queremos construir una sociedad cimentada en el valor de la igualdad de oportunidades para todos que combatir las injusticias de la segregación, como imperativo moral por encima incluso de la búsqueda de la diversidad en sí misma considerada.

En definitiva, la propuesta de la autora es comenzar una etapa de reconciliación racial a partir de la reforma de la acción afirmativa. Según explica, en menos de tres décadas la mayoría blanca americana va a ser sustituida por una multirracial, multiétnica, América. Esta transición está creando ya conflictos sociales –un conflicto de valores, cultural y de filosofía política–. Habría que estar preparados frente a las amenazas en el ámbito racial que sobrevienen del fenómeno de la globalización y de los cambios tecnológicos.

Tal y como precisa la autora en el capítulo tercero –«Optical Diversity vs. Real Inclusion»–, «cada año el número de solicitantes para ingresar en nuestras mejores escuelas aumenta, mientras que el porcentaje de los aceptados disminuye. El espacio de lo mejor es finito. Aspiraciones y angustias son ilimitadas. Harvard recibe más de 35.000 solicitantes para el curso de 2017 y ha aceptado sólo al 5.8 %, creando un grupo que será cerca de la mitad no blanco».

Recomendaría de un modo especial al lector las páginas del capítulo cuarto «Place, Not Race, and Other Radical Reforms» en las que la autora examina los seis exitosos ingredientes de lo que Tom Parker denominó «el libro de cocina de la diversidad». La alianza interracial sólo se puede conseguir si se cambia el sistema y se hace un uso neutral de la raza en programas como la acción afirmativa pues lo contrario termina haciendo crecer el resentimiento y divide más que une en un contexto de creciente diversidad.

Lo que, por otra parte, deja bien claro la autora en el libro es que del mismo modo que no puede darse un trato preferente a unas razas sobre otras tan poco caben los tratos discriminatorios. Y es que de lo que no cabe duda es que Sheryll Cashin es una abogada apasionada de la integración, tal y como deja patente en una de las frases más bellas de este libro: «Yo creo en el valor de la diversidad y en la idea de que la gente debería estar expuesta «al otro»». Lo que interesa no perder de vista es que la diversidad enriquece y beneficia a toda la sociedad y no sólo al que a priori ha salido beneficiado de un modo directo al recibir un apoyo preferente del sistema. De ahí que se muestra partidaria de lo que ella misma denomina «diversidad práctica» lo que, a su vez, requiere un esfuerzo diario de crear prácticas y estructuras que sean verdaderamente inclusivas y terminen con los prejuicios que muchas veces nos invaden.

El quinto y último capítulo de la obra es claramente reconciliador en términos raciales, como su propio título indica, defendiendo la autora allí lo importante que resulta lograr una alianza multirracial desde el punto de vista teórico y práctico. Sheryl Cashin explica que necesitamos nuevas identidades colectivas que trasciendan las meramente individuales y para ello tenemos que incorporar algunas personas –no todas– que no están en contacto directo con nosotros de una forma natural pero que son valiosas para nuestro entorno existencial. Es evidente, constata la autora, que el proyecto de construcción

de la comunidad multirracial es complicado. Literalmente precisa: «Como un matrimonio requiere trabajo, compromiso, negociación y un grado de consenso que sólo se conseguirá con un esfuerzo intencionado». Lo que nosotros tenemos ahora –añade con cierta desazón– es un prevalente sentimiento de recelo hacia la raza y el cambio social junto a políticas nacionales enfrentadas a este compromiso.

La autora termina el quinto capítulo dejando un mensaje tan contundente como provocador: «La libertad no es gratis. La democracia real se paga con el sudor del trabajo» y en suma no podemos endiosar o demonizar a nadie en función de su apariencia racial.

Sin duda alguna, esta obra de Sheryl Cashin invita a la reflexión teórica pero sobre todo anima a seguir profundizando en una teoría de la justicia que no deja de lado a los débiles o a los que se encuentran en una situación de desventaja por carecer de las mismas oportunidades que los que han tenido la suerte o la fortuna de nacer en un ambiente socio-económico más favorecido. Tenemos que agradecer a la autora africano-americana que nos haya dado las claves en este sugerente libro de cómo abandonar los prejuicios existentes en este tema, tendiendo una mano hacia esa buscada y anhelada alianza interracial superadora de los meros intereses partidistas o individuales egoístas. En definitiva, esta obra merece que se conozca y se lea, no sólo por los juristas sino por el público en general, porque en ella se descubren múltiples mensajes en favor de una sociedad en la que reina la fraternidad interracial, algo a lo que creo que sin duda deberíamos aspirar dentro de este mundo regido por la globalización en el que estamos instalados.

Cristina HERMIDA DEL LLANO
Universidad Rey Juan Carlos